

www.puntodelectura.com

Victoria
HOLT

Menfrea al amanecer

Traducción de Edith Zilli

punto de lectura



Título original: *Menfrea in the morning*
© 1966, Victoria Holt
© Traducción: Edith Zilli
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)
Teléfono 91 744 90 60
www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-1385-8
Depósito legal: B-12.347-2011
Impreso en España – Printed in Spain

Ilustración de cubierta: © Fine Art Photographic Library / Corbis /Cover

Primera edición: abril 2011

Impreso por 
A CPI COMPANY

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para apreciar a Menfrefya en todo su esplendor había que verla por la mañana. Lo descubrí por primera vez al amanecer en la casa de la Isla de Nadies, cuando las nubes manchadas de escarlata, al este, arrojaban un brillo rosado sobre el mar y el agua que lamía la isla era como un drapado de seda gris perla.

La mañana parecía más apacible todavía tras la noche de miedo que había pasado; la escena, más deliciosa debido a mis pesadillas. De pie ante la ventana abierta, con el mar y el continente ante mí y Menfrefya en lo alto del acantilado, me sentí regocijada por toda esa belleza y por el hecho de haber llegado sana y salva al final de la noche.

La casa era como un castillo con sus torretas, sus contrafuertes y sus torres con buhederas: una señal que permitía a los marinos, cuando veían ese montón de piedras vetustas, saber dónde estaban. Al mediodía, cuando el sol arrancaba astillas agudas de las murallas y las hacía brillar como diamantes, podía ser gris plata; pero nunca lucía tan espléndida como cuando la tocaba el resplandor rosado del amanecer.

Menfrea era el hogar de los Menfrey desde hacía siglos. Yo los había bautizado secretamente «los Mágicos Menfrey», pues así los veía: diferentes de las personas normales por su llamativo aspecto, gente fuerte y vital. Los había oído llamar «los Locos Menfrey»; según A'Lee, el mayordomo de Chough Towers, no sólo eran locos, sino también perversos. Tenía mucho que decir del actual Sir Endelion. Los Menfrey llevaban nombres que, si bien a mí me parecían extraños, no lo eran, al parecer, para los cornualleses, pues formaban parte de la historia antigua del ducado. Cuando lady Menfrey era una jovencita de apenas quince años, Sir Endelion la había secuestrado para llevarla a Menfrea, donde la retuvo hasta arruinar su reputación a tal punto que su familia aceptó de muy buen grado la boda. «No por amor, no lo crea usted, señorita Harriet», decía A'Lee. «Lo que buscaba era dinero. Una de las herederas más grandes del país, decían. Y los Menfrey necesitaban dinero.»

Cuando veía a Sir Endelion cabalgando por Menfreystow lo imaginaba joven, igual a su hijo Bevil, raptando a la heredera para llevársela a Menfrea: pobre chica aterrada, casi niña todavía, pero completamente fascinada por el loco de Sir Endelion.

Su pelo bronceado me hacía pensar en una melena de león. Aún le gustaban las mujeres, decía A'Lee; era el defecto de los Menfrey: muchos de ellos, hombres y mujeres, se habían metido en problemas por sus aventuras amorosas.

Lady Menfrey, la heredera, se diferenciaba mucho del resto de la familia; era rubia y frágil, una

dulce dama que se interesaba por los pobres de la comarca. Al pasar su fortuna a manos de su esposo había aceptado mansamente su destino. Y entonces, decía A'Lee, él comenzó muy pronto a despilfarrar.

La heredera causó decepción (aparte de su dinero), pues los Menfrey siempre habían sido muy prolíficos, mientras que ella tuvo sólo un varón: Bevil; y pasaron cinco años antes de que tuviera a Gwennan. No puede decirse que mientras tanto no hiciera esfuerzos: la pobre señora había sufrido un aborto por año o poco menos, y tras el nacimiento de la niña aún continuó así.

En cuanto vi a Bevil y oí decir que era la viva imagen de su padre en sus años mozos comprendí por qué lady Menfrey se había dejado raptar. Bevil tenía el mismo color de pelo y tez que su padre y los ojos más atractivos que hubiera visto nunca. Tenían el mismo tinte pardo-rojizo del pelo, pero no era el color lo que llamaba la atención. Supongo que era su expresión: miraban al mundo y a todos sus habitantes con seguridad, diversión e indiferencia, como si nada mereciera un interés profundo. Para mí Bevil era el miembro más fascinante de su fascinante familia.

A Gwennan, su hermana, la conocía mejor que al resto, pues teníamos la misma edad y nos habíamos hecho amigas. Ella tenía esa inmensa vitalidad y esa arrogancia que parecía inherente a ellos. Solíamos tendernos en los acantilados, entre las armerías y los tojos, y conversábamos; es decir: ella hablaba y yo escuchaba.

—En la iglesia de St. Neot hay un vitral —me dijo una vez—, que tiene cientos de años; allí se ve a San Brychan con sus veinticuatro hijos. Están San Ive, Menfre y Endelient... Menfre: somos nosotros, obviamente. Y el nombre de papá proviene de Endelient. Y Gwennan era hija de Brychan. Así que ya sabes...

—¿Y Bevil?

—¡Bevil! —Pronunció el nombre con reverencia—. Lleva el nombre de Sir Bevil Granville, el militar más grande de Cornualles, que combatió contra Oliver Cromwell.

—Pues mira —apunté, puesto que sabía de historia algo más que ella—, no ganó.

—Claro que ganó —replicó ella, desdeñosa.

—¡Pero si la señorita James dice que el rey fue decapitado y se impuso Cromwell!

Ella era una Menfrey típica: desechó con un gesto imperioso a la señorita James y a todos los libros de historia.

—Bevil siempre ganaba —declaró. Y asunto zanjado.

Ahora los muros de la casa volvían a cambiar de color; el tinte rosado se iba esfumando y se tornaba plata ante el luminoso amanecer. Contemplé el contorno de la costa, con sus rocas perversas, afiladas como cuchillos y traicioneras, pues con frecuencia quedaban cubiertas por el mar. Cerca de la isla había una hilera de escollos que llamábamos «los Acechones». Gwennan decía que era porque a menudo estaban totalmente ocultos a la vista y acechaban para destruir a cualquier barco que se les

aproximara. La Isla de Nadie, parte de esa cadena de rocas, estaba a unos ochocientos metros del continente; era sólo una joroba en el mar, de unos ochocientos metros de circunferencia; pero aunque en ella había una sola casa, contaba con un manantial de agua dulce; según la opinión de Gwennan, ése era el motivo de que la mansión se hubiera construido allí. La rodeaba cierto misterio, razón por la cual nadie quería habitarla. Mejor así, me dije en ese momento; si hubiera tenido un inquilino, ¿dónde habría pasado yo la noche anterior?

No era el lugar que yo habría escogido, de haber podido elegir. Ahora la casa que nadie quería habitar estaba llena de luz reconfortante, pero aun así resultaba fantasmagórica, como si el pasado permaneciera atrapado allí y, resentido, tratara de atraparte también, para que formases parte de él.

Si Gwennan me hubiera oído decir eso se habría reído de mí. Ya imaginaba la burla de su voz aguda, imperiosa.

—¡Mujer! ¡Qué fantasiosa eres! Es por ese defecto tuyo.

Gwennan no ponía reparos a hablar abiertamente de temas que otros preferían ignorar, como si no existieran. Tal vez por eso su compañía me resultaba irresistible, aunque a veces me hiciera daño.

Como tenía hambre, comí un trozo del chocolate que Gwennan me había traído y recorrí la habitación con la mirada. Por la noche, las fundas blancas habían convertido cada mueble en un fantasma, al extremo de hacerme pensar que tal vez era preferible dormir fuera. Pero el suelo era duro y el aire,

glacial; además, el ruido del mar, como de voces que murmuraban, se oía más fuerte e insistente fuera que dentro, de modo que había subido a uno de los dormitorios, donde me tendí en la cama cubierta, completamente vestida.

Bajé a la gran cocina; las lajas del suelo estaban húmedas, como todo en la isla. Me lavé con el agua que había recogido el día anterior en el manantial. En la pared había un espejo; mientras me peinaba tuve la impresión de que mi reflejo era diferente del que veía en mi cuarto de casa. Los ojos parecían más grandes; eso era el miedo. Tenía algo de color en las mejillas; eso era nerviosismo. El pelo se empinaba hacia todos lados; eso, por la mala noche pasada. A mi pelo, denso y lacio, le gustaba el desorden; era la desesperación de las muchas niñas a las que les había tocado la ingrata suerte de dirigir mi infancia. Yo era feúcha; no había placer alguno en mirar mi imagen.

Decidí pasar el rato explorando la casa para asegurarme de estar realmente sola. Los ruidos extraños que me habían torturado por la noche eran los crujidos de las tablas; el rítmico avance y retroceso de las olas, que podía sonar como respiración o murmullo, o el correteo de las ratas, pues Gwennan me había dicho que allí había ratas provenientes de los barcos que naufragaban en los Acechones.

La casa había sido construida por los Menfrey ciento cincuenta años atrás; la isla les pertenecía, como gran parte de la comarca. Tenía ocho habitaciones, además de la cocina y los edificios accesorios. No había jardín, aunque al parecer en algún

momento alguien había tratado de cultivar uno. Ahora el césped crecía en parches y por doquier había tojos y matas espinosas. Los Menfrey no se preocupaban por eso; en verdad era inútil, pues durante la pleamar el agua lo cubriría. Como no tenía idea del tiempo, salí de la casa para bajar corriendo a la cala; allí me tendí a contemplar Menfreya, mientras esperaba a Gwennan.

Cuando llegó, el sol ya estaba alto. La vi en la cala, que pertenecía a los Menfrey, aunque permitían su utilización pública como concesión especial, en vez de cerrar parte de la costa y que la gente se viera obligada a desviarse. Allí había siempre tres o cuatro botes amarrados. La vi embarcar en uno y acercarse a remo. Al poco rato la embarcación rozó la arena; mientras ella salía trabajosamente, corrí a su encuentro, gritando a todo pulmón:

—¡Gwennan!

—¡Chist! —contestó—. ¿Quieres que te oigan... o te vean? Entra inmediatamente en la casa.

Pronto estuvo conmigo, más entusiasmada de lo que nunca la había visto; noté que traía puesta una capa con enormes bolsillos interiores, abultados, probablemente, por la comida que me había prometido. Agitaba un periódico.

—Mira esto —exclamó—. ¡Has salido mencionada en el diario de la mañana! Tú... en primera plana.

Se acercó a la mesa para desplegar el periódico en la capa de polvo que la cubría. Lo miré fijamente: «Desaparece la hija de un miembro del Parlamento. La policía no descarta que haya habido

violencia». Bajo los titulares leí: «Henrietta (Harriet), de trece años de edad, hija de Sir Edward Delvaney, miembro del Parlamento por Lansella, distrito de Cornualles, desapareció hace dos días de su hogar londinense. Se teme que haya sido secuestrada con intención de pedir rescate».

Gwennan trepó a la mesa y se abrazó las rodillas; tenía los ojos casi escondidos, como sucedía cuando la diversión le arrugaba la cara. Me apuntó con un dedo.

—Pues bien, señorita Henrietta Delwaney, alias Harriet: te has vuelto importante, ¿no? Te están buscando. Te buscan por todo Londres. ¡Y nadie sabe dónde estás, salvo tú y yo!

Era lo que yo quería, supuestamente; en cierto modo había logrado mi propósito.

Reí con ella. La gente hablaba de mí; la policía me buscaba. Era un momento estupendo. Pero la experiencia me había enseñado que los momentos estupendos no perduran. Me hallarían, ¿y qué pasaría entonces? El día de sol no era eterno. Gwennan no se quedaría conmigo. Y cuando anocheciera yo me quedaría de nuevo sola en la isla.

Había decidido fugarme aquella noche en que mi padre ofrecía un baile en su casa de la ciudad, que estaba en una tranquila plaza de Westminster, a unos cinco minutos a pie de las Cámaras del Parlamento. Él siempre decía que esas recepciones lujosas y constantes eran parte de sus obligaciones parlamentarias. Ya fuese en Westminster o en Cornualles, siempre

teníamos invitados: en Londres, a cenas y bailes; en la costa, a pasar varios días con nosotros. Como yo tenía sólo trece años quedaba excluida de esas reuniones. Mi lugar estaba en mi dormitorio, del que salía para espiar por encima de las barandillas el esplendor de los salones; también miraba por la ventana a los ocupantes de los carruajes, cuando pasaban bajo el dosel rojo y blanco instalado para la ocasión.

Los preparativos habían ocupado el día entero: se extendió la gruesa alfombra roja en la escalinata que conducía a la puerta principal y en el tramo de acera que pisarían los invitados al descender de sus carruajes. Dos muchachas enviadas por el florista habían pasado toda la tarde llenando jarrones de flores y poniendo plantas en todas las hornacinas, dispuestas con tanto artificio que algunas parecían brotar de los muros; había hojas y flores enredadas a las barandas de la elegante escalera curva, hasta la altura del primer piso, puesto que los visitantes no irían más allá.

—Esto huele a funerales —dije a mi institutriz, la señorita James.

—No seas macabra, Harriet —replicó ella. Y me miró con esa expresión sufrida que yo conocía tan bien.

—Pero si es verdad: huele a funerales —insistí.

—¡Qué niña más morbosa eres! —murmuró ella. Y me volvió la espalda.

¡Pobre señorita James! Tenía treinta años; era una dama sin medios y, por pura subsistencia, debía casarse o trabajar como institutriz de gente como yo.

La cena se serviría en la biblioteca, donde las decoraciones florales eran magníficas. En el centro de la habitación se había erigido un estanque de mármol en el que nadaban peces dorados y plateados, con victorias regias en la superficie. Los cortinajes eran de color púrpura intenso, el color del Partido Conservador. En la sala del frente, decorada en blanco, oro y púrpura, había un piano de cola, pues esa noche tocaría un pianista famoso.

Yo podría mirar a los invitados cuando subieran la escalera, con la esperanza de que ninguno de ellos levantara la vista y se encontrara con la hija del anfitrión, que no le hacía ningún honor. Ansiaba ver en algún momento a mi padre, ya que en esas ocasiones descubría en él a un hombre diferente del que conocía. Tenía más de cincuenta años, pues se había casado ya entrado en años; era alto y moreno, con las sienes blancas; sus ojos azules contrastaban con la cara atezada; cuando me miraban parecían de hielo. En cambio, cuando actuaba como anfitrión, cuando conversaba con sus votantes o recibía a sus huéspedes, esos mismos ojos chispeaban. Era célebre por su ingenio y por lo brillante de sus discursos en la Cámara; los periódicos citaban constantemente sus comentarios. Era rico; por eso podía permitirse actuar en el Parlamento. La política era su vida. Percibía ingresos por ciertas inversiones personales, pero su gran fortuna provenía de la fábrica de acero que tenía en algún lugar de la región central. Nunca mencionábamos eso; él tenía poco que ver con la empresa, aunque fuera la gran proveedora de fondos.

Como él representaba a una comarca de Cornualles, teníamos una casa cerca de Lansella y allí íbamos cuando el Parlamento no estaba en sesiones, pues él debía «atender» a sus representados. Y por algún extraño motivo, allí donde estaba mi padre estaba también yo, aunque nos viéramos muy poco.

Nuestra casa de la ciudad tenía un gran vestíbulo de entrada; en la planta baja, la biblioteca, el comedor y las habitaciones de servicio. En el primer piso había dos salones grandes y los estudios. Más arriba, tres habitaciones para huéspedes, una de ellas ocupadas por William Lister, el secretario de mi padre; además, la mía y la de mi padre. En el último piso había cinco o seis dormitorios para los criados.

Era una bella casa georgiana, cuya mejor característica, en lo que a mí concernía, era la escalera, que se enroscaba como una serpiente desde la base hasta lo alto de la mansión y permitía mirar desde lo alto hacia el vestíbulo. Pero a mí me resultaba fría. Lo mismo pasaba con nuestra casa de Cornualles. Cualquier lugar donde él viviera sería así: frío y muerto. ¡Qué diferente era la casa solariega de Menfreya, cálida y vital! En ella todo podía suceder; era la casa de la que una nunca querría ausentarse, con la que soñaría cuando estuviera lejos: un verdadero hogar.

La casa de Londres estaba decorada con elegancia y de acuerdo con su arquitectura, de manera que todo el mobiliario era del siglo XVIII, con pocas concesiones a la época victoriana. Siempre quedaba atónita cuando, al entrar en otras casas, comparaba esos

muebles ornamentados y esas habitaciones atestadas con nuestros Chippendale y Hepplewhite.

He olvidado los nombres de los criados; eran muchos. Me acuerdo de la señorita James, naturalmente, puesto que era mi institutriz; también de la señora Trant, ama de llaves, y de Polden, el mayordomo. Ésos son los únicos nombres que me vienen a la memoria... con excepción de Fanny, por supuesto.

Pero Fanny era diferente. Para mí no era una criada. Fanny era la seguridad en un mundo pavoroso; cuando me desconcertaba la frialdad de mi padre acudía a ella en busca de explicaciones. No podía dármelas, pero me ofrecía consuelo. Era ella quien me hacía beber la leche y comer el arroz; me regañaba y se afanaba tanto por mí que yo no sentía la falta de una madre tanto como habría debido. Tenía unos treinta y cinco años; era de facciones afiladas y ojos profundos y soñadores; el pelo, de un matiz castaño grisáceo, estaba siempre recogido en un moño sobre la coronilla, tan tirante que parecía doler; su piel era cetrina; su figura, delgada; apenas llegaba al metro y medio de estatura. Yo la veía siempre igual desde que era bebé y cobré conciencia de ella. Hablaba la lengua de las calles londinenses; cuando fui algo mayor me familiarizó con esas calles y llegué a amarlas tanto como a ella.

Había venido a casa poco después de mi nacimiento, para oficiar de nodriza. No creo que nadie pensara en conservarla, pero al parecer fui una criatura difícil desde las primeras semanas y, puesto que me encariñé con Fanny, ella se quedó para hacer

de niñera. Esto disgustaba a la señora Trant, a Polden y a la niñera oficial, pero a Fanny no le importaba. Y a mí tampoco.

Era una mujer de contrastes. Su áspero dialecto de los barrios bajos no concordaba con los ojos soñadores. Lo que me contaba de su pasado era una mezcla de fantasía y pragmatismo. Había sido abandonada en un orfanato por personas desconocidas. «Justo junto a la estatua de San Francisco alimentando a los pájaros. Por eso me llamo Frances. Fanny, para abreviar. Frances Stone (piedra), puesto que la estatua es de piedra.»

Ya no se llamaba Frances Stone, pues se había casado con Billy Carter. De Billy no hablábamos mucho. Él yacía en el fondo del océano, me dijo una vez, y ya no volvería a verlo en esta vida. «Lo pasado, pisado», repetía enérgicamente; «es mejor olvidar». A veces se dejaba llevar por la imaginación; uno de nuestros juegos favoritos, cuando yo tenía seis o siete años, era inventar cuentos sobre la vida de Fanny antes de que la abandonaran junto a la estatua de San Francisco. Los contaba ella y yo la alentaba a continuar. Había nacido en una casa tan rica como la nuestra, pero fue secuestrada por los gitanos. Era una heredera y un tío malvado la dejó en el orfanato, después de sustituirla por una criatura muerta en casa de su padre. Había varias versiones; por lo general terminaban así: «Y como jamás lo sabremos, señorita Harriet, tómese esa leche, que es hora de ir a la cama».

También me hablaba del orfanato, de las campanas que convocaban a los niños a la comida escasa;

yo los veía con claridad: delantales de guinga y las manos moradas por el frío, manchadas por los jabones; los veía haciendo reverencias a las autoridades y aprendiendo a mostrarse humildes.

—Pero también aprendíamos a leer y escribir —decía Fanny—; es más de lo que algunos aprenderán jamás.

En cambio casi nunca hablaba de su bebé; cuando lo hacía me estrechaba contra sí, con la cabeza gacha para que no pudiera verle la cara.

—Era una niña; vivió apenas una hora. Era todo lo que me quedaba de Billy.

Billy había muerto. El bebé también.

—Y entonces —decía Fanny—, me encontré con usted.

Solía llevarme al parque de St. James; allí dábamos de comer a los patos o nos sentábamos en la hierba y yo la convencía de que me contara más versiones de sus primeros tiempos de vida. Ella me mostró una Londres cuya existencia yo ignoraba. Era un secreto, decía; no convenía que Ellos (la gente de casa) supieran adónde me llevaba cuando salíamos. Íbamos a los mercados, donde tenían sus puestos los vendedores callejeros; me llevaba bien asida de la mano, tan entusiasmada como yo por esa gente que proclamaba a gritos las virtudes de sus mercancías, con voces roncas que yo no lograba entender. Recuerdo las tiendas, con ropas viejas colgadas delante, y su olor extraño, mohoso, inolvidable; las viejas vendedoras de alfileres y botones, buccinos, pan de jengibre y jarabes para la tos. Una vez ella me compró una patata asada; me pareció lo más delicioso

que hubiera probado jamás hasta que comí castañas recién sacadas de entre las brasas.

—No diga a nadie dónde ha estado —me advertía. Y el secreto lo tornaba todo más interesante.

Se podía comprar pan de jengibre, sorbetes y limonada; una vez apostamos con un vendedor de pasteles. Fanny me dijo que era una costumbre antigua entre los pasteleros; mientras esperábamos vimos que un muchacho y su novia lanzaban al aire una moneda; como perdieron no se les dio ningún pastel. Fanny, muy audaz, también lanzó la moneda y ganó. Llevamos nuestro pastel al parque de St. James y nos sentamos junto al estanque para devorar hasta la última migaja.

—Pero aún no has visto el mercado en sábado por la noche. Es el mejor momento —me dijo—. Quizá cuando seas algo mayor...

Era algo a planificar.

Me encantaba el mercado con sus vendedores callejeros, cuyas caras retrataban todos los papeles que se pueden encontrar en una obra del teatro medieval moralista. Había en ellas lujuria y codicia, pereza y astucia; de vez en cuando, santidad. A Fanny la entusiasmaban los espectáculos de circo; siempre quería detenerse ante el malabarista y el prestidigitador, los tragasables y los tragafuegos.

Ella me había mostrado un mundo nuevo que existía en nuestro mismo umbral, aunque muchos parecieran ignorarlo. La única oportunidad en que esos dos mundos se encontraban era el domingo por la tarde: sentada ante mi ventana, oía el campanilleo del vendedor de panecillos y lo veía venir

a través de la plaza, con la bandeja en la cabeza; entonces las criadas, de delantal y cofia blanca, salían corriendo a comprarle.

Ésa fue mi vida hasta la noche del baile.

En tales ocasiones debían colaborar todos los de la casa; Fanny tuvo que trabajar en la cocina por la tarde y por la noche; como la señorita James estaba ayudando al ama de llaves, yo me quedé sola.

Mi tía Clarissa había venido a quedarse, pues mi padre necesitaba una anfitriona; ella era su hermana. Yo le tenía tanta antipatía como ella a mí. Tía Clarissa me comparaba constantemente con sus tres hijas (Sylvia, Phyllis y Clarissa), que eran rubias, de ojos azules y, según su madre, hermosas. Tendría que afanarse mucho para presentarlas en sociedad. Y yo compartiría con ellas esa temible necesidad de toda señorita. Estaba segura de que me sería tan penoso como a mi tía.

El hecho de que tía Clarissa estuviera en la casa era un motivo más para que yo quisiera irme de allí.

Me había pasado todo el día vagando miserablemente por la casa. En la escalera me encontré con ella.

—¡Santo Cielo, Harriet! —exclamó—. ¡Mira cómo tienes el pelo! Siempre parece que acabas de salir de un matorral. Tus primas no tienen ningún problema con el pelo. A ellas jamás las verás con esa pinta, puedo asegurártelo.

—Pues claro, son las tres Gracias.

—No seas insolente, niña. Me parece que deberías cuidar de tu pelo más que nadie, ya que...

—¿Ya que soy deforme?

Eso la horrorizó.

—No digas tonterías. No eres nada de eso. Pero bien podrías...

Subí cojeando la escalera hacia mi habitación. Que ella no viera lo mucho que me dolía. Que nadie lo viera; eso sería insoportable.

Ya en mi cuarto me detuve frente al espejo y alcé la larga falda de lana gris para observar mis piernas y mis pies. Nada delataba que una pierna fuera más corta que la otra; sólo cuando caminaba parecía arrastrar una. Siempre había sido así, desde el triste día de mi nacimiento. ¡Triste! Era poco decir. Había sido un día detestable, trágico para todos, incluida yo misma. No lo supe hasta después, cuando comencé a descubrir que yo no era como los otros niños. No bastaba haber causado la muerte de mi madre: además tenía que ser imperfecta. Recuerdo haber oído decir de una mujer muy bella (lady Hamilton, según creo) que Dios, al crearla, estaba de un humor espléndido. «Pues bien», repliqué, «¡cuando me hizo a mí debía de estar muy malhumorado!»

A veces habría querido ser cualquier otra persona antes que Harriet Delvaney. Cuando Fanny me llevaba al parque siempre envidiaba a los otros niños. Envidiaba a casi todos, incluso a los sucios hijos del organillero, que solían quedarse junto a él con cara patética, mientras el monito pardo alargaba la gorra bermeja para recoger monedas. En aquellos días pensaba que cualquiera tenía más suerte que Harriet Delvaney.

Las diversas niñeras a las que Fanny respondía me habían dicho que yo era una niña mala y perversa.

Tenía un buen hogar, comida en abundancia, un padre bondadoso y una buena niñera, y aun así no estaba satisfecha.

No caminé hasta los cuatro años. Me llevaban ante médicos que se metían con mis piernas, discutían largamente qué se debía hacer y meneaban la cabeza; se me aplicaban diversos tratamientos. Cuando mi padre se acercaba para mirarme, algo en sus ojos me decía que habría preferido mirar cualquier otra cosa antes que a mí, pero se obligaba a fingir que le gustaba hacerlo.

Recuerdo un día, en el jardín de mi tía Clarissa, cerca de Regent's Park. Era la temporada de las fresas; habíamos estado comiendo esa fruta con azúcar y nata, cerca del invernáculo. Todas las mujeres tenían sombrillas y grandes sombreros para proteger el cutis. Como era el cumpleaños de Phyllis, había varios niños corriendo y jugando en el prado. Yo estaba sentada en mi silla, con mis ofensivas y odiosas piernas estiradas delante; uno de los lacayos me había llevado desde el carruaje hasta allí, para que pudiera ver a los otros niños. Oí la voz de tía Clarissa:

—No es una criatura muy simpática. Supongo que hay que comprenderla...

Aunque no comprendí lo que eso significaba, guardé el comentario en la memoria para analizarlo más tarde. Cuando pienso en ese día recuerdo el aroma de las fresas, la deliciosa mezcla de fruta, azúcar y nata... y las piernas, las fuertes piernas de otros niños.

Aún recuerdo la gran decisión que me sobrevino cuando, casi cayéndome de la silla, me erguí sobre las piernas y caminé.

Era un milagro, dijeron los bondadosos. Otros pensaron que podría haberlo hecho antes, que sólo había estado fingiendo. Los doctores se quedaron estupefactos.

Al principio sólo podía andar bamboleándome, pero a partir de ese día caminé. No sé si habría podido o no hacerlo antes; sólo recuerdo esa repentina decisión y la gratificante sensación de poder con que me dirigí hacia los otros niños.

Poco a poco fui descubriendo mi patética historia, sobre todo a través de los criados que trabajaban en la casa desde antes de mi nacimiento.

—Ella era demasiado mayor para tener hijos. No cabe extrañarse... Tener a la señorita Harriet la mató. Una operación... Esos instrumentos... Pues mira, es peligroso. A ella la perdieron y salvaron a la criatura. Pero allí la tienes, con esa pierna. Por lo que respecta a él... jamás ha vuelto a ser el mismo. La idolatraba... Por cierto, apenas hacía uno o dos años que se habían casado; quién sabe si eso habría durado, siendo él como es... Pero se explica que no pueda soportar a la niña. Aunque si ella fuera como la señorita Phyllis o cualquiera de sus primas... Al fin te das cuenta de que el dinero no lo es todo, ¿verdad?

En esas pocas palabras estaba mi historia. A veces imaginaba que era una santa, que andaba por el mundo haciendo el bien y que todos me amaban. «Pues mira, no será una belleza», decían, «pero es necesario comprenderla. Y es muy buena.»

Yo no era buena. Envidiaba a mis primas, que tenían la cara bonita y rosada, sedoso pelo rubio; me daba rabia que mi padre no pudiera soportarme

porque mi llegada al mundo le había separado de mi madre. Me portaba mal con los criados porque me autocompadecía.

Las únicas personas con las que podía sentirme humilde y quizás aprender a ser buena eran con los Menfrey. No se puede decir que me prestaran mucha atención, pero para mí eran los Mágicos Menfrey, que vivían en la casa más apasionante que yo hubiera visto nunca, encaramada en los acantilados frente a la Isla de Nadie. Esa casa les pertenecía y tenía una historia que yo aún debía descubrir. La nuestra era la más próxima: una mansión mucho más moderna, en la que mi padre podía recibir y atender a sus votantes. Con los Menfrey mantenía una gran amistad. Cierta vez oí que decía a William Lister, su secretario: «Hay que cultivar la relación. Tienen gran influencia sobre el electorado». Por ende los Menfrey debían ser atendidos como las flores del invernáculo.

Y bastaba con mirarlos para creer en esa influencia. William Lister dijo una vez que eran como una imagen ampliada. Yo nunca había oído esa frase, pero les iba bien.

La familia estaba muy dispuesta a trabar amistad con nosotros; durante las elecciones apoyaban a mi padre; lo recibían en su casa y visitaban la nuestra. Eran los señores del distrito: cuando Sir Endelion decía a sus arrendatarios que votaran, ellos lo hacían y apoyaban al candidato que él prefiriera; de lo contrario dejarían de ser arrendatarios suyos.

Cuando íbamos a Cornualles, algunos de los criados nos acompañaban. La señora Trant y Polden

se quedaban en Londres, con un mínimo de personal; la señorita James, la niñera y Fanny, entre otros, venían con nosotros. En Cornualles ya había un mayordomo y una ama de llaves: los A'Lee, marido y mujer, formaban parte del mobiliario de la casa que alquilábamos, cosa muy conveniente.

Se me permitía tomar el té en Menfrefya y Gwennan venía a Chough Towers para merendar conmigo. Venía a caballo, con uno de los caballerizos de su casa. Fue durante una de esas visitas que aprendí a montar; entonces descubrí que me sentía más feliz sobre el lomo de un caballo que en ningún otro lugar, pues allí mi defecto no tenía importancia; allí me sentía normal. Nunca había estado tan cerca del placer absoluto como cuando cabalgaba por esos caminos, cuesta arriba o cuesta abajo, y nunca disminuyó mi gusto por el paisaje. Cuando llegaba a la cumbre de una colina siempre me quedaba sin respiración ante la súbita aparición del mar.

Envidiaba a Gwennan por vivir permanentemente en un lugar así. A ella le gustaba que le hablara de Londres y yo disfrutaba al hacerlo. A cambio, hacía que ella me hablara de Menfrefya y de su familia, pero sobre todo de Bevil.

De pie frente a mi espejo, tras el encuentro con tía Clarissa en la escalera, comencé a pensar en los Menfrey con una nostalgia tan profunda que dolía.

Estaba asomada por encima de la barandilla. En el salón del frente había música, pero se perdía bajo el rumor de voces y los súbitos estallidos de risa. Era como si la casa hubiera cobrado vida; ya no estaba fría: tantas voces, tantas risas, la transformaban.

Yo tenía puesto un camisón de franela y una bata roja por encima; iba descalza, pues las chinelas habrían podido traicionarme con su sonido acolchado. Desde luego, ninguno de los criados me habría regañado por espiar desde la barandilla, pero me gustaba fingir que las recepciones de mi padre no me interesaban en absoluto.

A veces soñaba que él me mandaba llamar y que yo entraba en la sala, cojeando. Allí estaba el primer ministro, que trababa conversación conmigo; él y todos los demás quedaban atónitos ante mi ingenio y mi entendimiento. A mi padre le brillaban los ojos, llenos de calidez, pues se sentía orgulloso de mí.

¡Qué sueño tonto!

Esa noche, apoyada contra la barandilla, que olía a la mezcla de cera y trementina con que se la lustaba, oí una conversación entre tía Clarissa y un hombre que me era desconocido. Hablaban sobre mi padre.

—Es brillante...

—Eso parece pensar el primer ministro.

—Pues sí. Recuerde lo que le digo: Sir Edward va camino de integrar el Gabinete.

—Ese querido Edward —esa era tía Clarissa— merece un poco de buena suerte.

—¿Buena suerte? Pues yo diría que no le falta, por cierto. Debe de tener una gran fortuna.

—Pero desde que murió su esposa nunca más ha sido feliz.

—Es viudo desde hace muchos años, ¿verdad? Habría sido muy conveniente que tuviera esposa. Me extraña que no haya vuelto a casarse.

—El matrimonio fue para él una experiencia muy trágica. Y en cierto modo Edward nació para soltero.

—Me han dicho que tiene una hija.

Sentí que la cara me ardía de furia al percibir el tono con que tía Clarissa respondía:

—Tiene una hija, por cierto. Henrietta. La llamamos Harriet.

—¿Hay algo que lamentar?

Tía Clarissa habló en susurros, pero luego volvió a subir la voz.

—A menudo pienso cuánto mejor habría sido que muriera ella y no Sylvia. Tener a la criatura la mató, como usted sabe. Apenas llevaban unos pocos años casados, pero ella ya estaba cerca de los cuarenta años. Querían un varón, por supuesto. Y esta niña...

—Aún así debe de ser una compensación para él. Una risa cruel. Un susurro. Luego:

—Y a mí me tocará presentarla en sociedad, cuando llegue el momento. Mis hijas Phyllis y Sylvia, que llevan el nombre de su tía, tienen más o menos la misma edad, pero ¡qué diferentes son...! No sé cómo haré para casar a Harriet... a pesar del dinero.

—¿Tan poco atractiva es?

—No tiene nada. Simplemente, nada.

Fanny me había dicho que quien escucha a escondidas nunca oye hablar bien de sí mismo. ¡Cuánta razón tenía! Varias niñeras me habían dicho que era mala, caprichosa, de mal carácter, que iría al infierno. Pero nunca había oído nada tan hiriente como esa conversación entre tía Clarissa y

el desconocido. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera oler la cera con trementina sin asociarla con una abyecta miseria.

Como no podía seguir mirando, abandoné la barandilla para volver precipitadamente a mi habitación.

Ya había descubierto que, cuando te sientes muy desdichado, lo aconsejable es volver la espalda al dolor y planear algo, cualquier cosa que te haga olvidar. ¡Qué estupidez la mía, soñar así!, pues en esos sueños nunca me veía tal como era, sino como heroína. Cambiaba hasta el color de mi pelo: en vez de ser castaño oscuro era dorado; mis ojos, en vez de verdes, azules; la nariz, recta y bien recortada, en vez de empinarse de ese modo que da vivacidad a ciertas caras, pero que resultaba incongruente con mi expresión agría.

«Planea algo cuanto antes», me dije. Y la respuesta se presentó de inmediato: «Puesto que aquí no me quieren, me fugaré».

¿Adónde? Sólo había un lugar al que quisiera escapar: Menfrefya.

—Iré a Menfrefya —dije en voz alta.

Me negaba a pensar en lo que haría al llegar, pues si me lo preguntaba el plan naufragaría antes de empezar. Y debía acallar esas voces que decían palabras crueles. Debía hacer algo de inmediato.

Podía tomar un tren en Paddington. En mi hucha tenía dinero suficiente para pagar el billete; eso era lo único que importaba. Ahora sólo debía pensar en llegar a Menfrefya; una vez allí trazaría más planes. Pero no podía quedarme en esa casa: cada

vez que bajara la escalera volvería a oír esas voces. ¿Que tía Clarissa no sabía cómo conseguirme esposo? Pues bien, yo le ahorraría la molestia.

¿Cuándo partir? ¿Cómo asegurarme de que no notaran mi ausencia hasta que hubiera podido abordar ese tren? Debía planificar todo con cuidado.

Mientras la gente, en los salones de abajo, escuchaba la música que papá había pagado para la ocasión y disfrutaba de los manjares servidos en el comedor, mientras allí se discutían temas de política y las posibilidades que mi padre tenía de integrar el Gabinete, yo, tendida en mi cama, planeaba la fuga.

Mi oportunidad se presentó al día siguiente. Todos estaban cansados y en la cocina había malhumor; la señorita James estaba irritable. Siempre pensé que, tras haber leído *Jane Eyre*, la mujer estaba convencida de que mi padre se casaría con ella; después de fiestas como la de la noche anterior esa posibilidad debía de parecerle más remota que de costumbre. A las seis de la tarde se retiró a su cuarto, quejándose de que le dolía la cabeza. Eso me brindó la oportunidad, después de ponerme tranquilamente la capa con capucha y guardarme en el bolsillo el dinero retirado de la alcancía, de salir sigilosamente de la casa. Cogí un autobús, cosa que hacía sola por primera vez; una o dos personas me miraron con curiosidad, pero fingí no reparar en ellas. Segura de que era el vehículo indicado, puesto que en el costado decía «Paddington», pedí tranquilamente un billete hasta la estación. Fue más fácil de lo que había imaginado.